

J.M. BARRIE

Peter Pan

ILUSTRACIONES DE
BEATRIZ CASTRO



Título original: *Peter Pan & Wendy*

© De la traducción: Gabriela Bustelo
© De la ilustración: Beatriz Castro, 2018
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Alejandra Navarro

ISBN: 978-84-698-4715-2
Depósito legal: M-20005-2018
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

J.M. BARRIE

Peter Pan

ILUSTRACIONES DE
BEATRIZ CASTRO

TRADUCCIÓN DE
GABRIELA BUSTELO

ANAYA

Índice

I. La aparición de Peter	7
II. La sombra	19
III. ¡Vámonos, vámonos!	31
IV. El vuelo	49
V. La isla era de verdad	61
VI. La casa pequeña	75
VII. La casa subterránea	87
VIII. La laguna de las sirenas	95
IX. La Pájara Nunca Jamás	111
X. El hogar feliz	116
XI. El cuento de Wendy	124
XII. El rapto de los niños	135
XIII. ¿Creéis en las hadas?	142
XIV. El barco de los piratas	154
XV. «Esta vez, o Garfio o yo»	164
XVI. La vuelta a casa	178
XVII. Cuando Wendy se hizo mayor	190
Notas	204

CAPÍTULO I

La aparición de Peter

Todos los niños, menos uno, se hacen mayores. Tardan poco en saberlo y Wendy no iba a ser menos. Tenía dos años y estaba jugando en un jardín cuando cogió una flor y corrió hacia su madre para dársela. Supongo que debía de tener un aspecto encantador, puesto que la señora Darling se llevó una mano al corazón y exclamó: «¡Ay, ojalá te quedaras así para siempre!». No volvieron a hablar de ello, pero a partir de entonces Wendy supo que iba a hacerse mayor. Todos nos enteramos de estas cosas poco después de cumplir los dos años. Los dos años son el principio del fin.

Por supuesto, vivían en el número 14, y hasta que llegó Wendy su madre era la más importante. Era una mujer muy bella, con una mente romántica y una boca dulce y risueña. Su mente era tan romántica como esas cajitas que vienen del misterioso Oriente y que se meten una dentro de la otra. Por muchas que vayan apareciendo, siempre queda una más. La boca dulce y risueña de la señora Darling guardaba un beso que a Wendy le parecía imposible de conseguir, aunque se veía perfectamente en el lado derecho.

El señor Darling la conquistó de la siguiente manera: los numerosos caballeros que eran niños cuando ella era una niña descubrieron simultáneamente que estaban enamorados de ella y salieron todos corriendo hacia su casa para pedirla en matrimonio, menos el señor Darling, que fue en coche y llegó el primero, y así la consiguió; es decir, la consiguió casi entera menos la última cajita y el beso. Lo de la cajita nunca lo supo y, al pasar el tiempo, dejó de intentar conseguir el beso. Wendy pensaba que quizá Napoleón lo hubiera conseguido; pero ya me lo imagino dando un portazo y saliendo enfurecido después de haberlo intentado.

El señor Darling siempre le decía a Wendy, muy orgullosamente, que su esposa no solo lo quería, sino que también lo respetaba. Era uno de esos hombres profundos que saben mucho de cotizaciones y acciones. Por supuesto, no hay nadie que lo entienda de verdad, pero el señor Darling daba esa impresión, y a veces decía que las cotizaciones habían subido y las acciones habían bajado con un tono capaz de imponer respeto a cualquier mujer.

La señora Darling se casó de blanco, y al principio llevaba las cuentas perfectamente, como si fuera un juego, apuntando hasta la más diminuta col de Bruselas; pero con el tiempo empezó a pasar por alto incluso coliflores enteras y en su lugar aparecieron dibujos de niños sin cara. Se dedicaba a dibujarlos cuando tenía que haber estado sumando y restando. Era así como se los imaginaba.

Primero vino Wendy, luego John y luego Michael.

Cuando llegó Wendy, pasaron una semana o dos dudando si podrían quedarse o no con ella, puesto que era una boca más que alimentar. El señor Darling estaba enormemente orgulloso de ella, pero era un señor muy digno. Se sentaba al borde de la cama de la señora Darling, cogiéndole la mano y calculando gastos mientras su mujer lo miraba suplicante. Ella estaba dispuesta a arriesgarse, pero a él no le parecía bien hacer las

cosas así; se empeñaba en que había que usar papel y lápiz, y cada vez que ella lo distraía con sus sugerencias tenía que volver a empezar desde el principio.

—Y no me interrumpas —le pedía él—. Aquí tengo una libra¹ y diecisiete chelines, más las dos libras y dieciséis chelines que tengo en la oficina; puedo quedarme sin tomar café en la oficina, que son unos diez chelines, que hacen dos libras, nueve chelines y dos peniques; con tus dieciocho y tres serían tres, nueve, siete; con las cinco, cero, cero de mi talonario serían ocho, nueve, siete..., ¿quién anda por ahí?... ocho, nueve, siete..., y llevo siete..., no hables, querida..., más la libra que prestaste al hombre que llamó a la puerta, silencio, niña mía..., me llevo niña..., ¿lo ves? ¡Ya estamos!... ¿Había dicho nueve, nueve, siete? Sí. Había dicho nueve, nueve, siete. La cuestión es: ¿podemos intentarlo durante un año con nueve, nueve, siete?

—Por supuesto que sí, George —exclamó ella.

Pero la señora Darling estaba claramente a favor de Wendy, y él era quien tenía más carácter de los dos.

—Acuérdate de las paperas —le dijo él con un tono casi amenazador, y enseguida volvió a empezar—. Paperas, una libra; eso es lo que he apuntado, pero lo cierto es que serán más bien unos treinta chelines..., no hables... Sarampión, una con cinco; rubeola, media guinea, que son dos libras, quince chelines y seis...; no me señales con el dedo..., tosferina, quince chelines...

Y así sucesivamente, con resultados distintos cada vez; pero Wendy logró pasar raspando, con las paperas reducidas a doce chelines con seis peniques, y el sarampión y la rubeola considerados como una sola enfermedad.

Este mismo proceso se repitió con John, y Michael se salvó de milagro, pero al final se quedaron con ellos, y enseguida empezaron a ir los

tres en fila al jardín de infancia de la señora Fulsom, acompañados de su niñera.

A la señora Darling le encantaba hacer las cosas como es debido, y el señor Darling quería ser exactamente igual que sus vecinos, con lo cual tenían una niñera, por supuesto. Como eran pobres debido a la cantidad de leche que bebían los niños, la niñera era una perra terranova llamada Nana. Aunque era muy pulcra no había pertenecido a nadie en concreto hasta que la contrataron los Darling. Pero los niños siempre le habían parecido importantes. Los Darling la conocieron en los jardines de Kensington², donde Nana pasaba la mayor parte del tiempo metiendo la cabeza en los cochecitos de los niños; las niñeras descuidadas la odiaban porque las seguía hasta sus casas para quejarse de ellas ante sus señoras. Lo cierto es que resultó ser una verdadera joya de niñera. Había que ver el cuidado que ponía a la hora del baño; y se levantaba a cualquier hora de la noche si alguno de los niños lloraba lo más mínimo. Su perrera estaba en el cuarto de los niños, por supuesto. Nana siempre sabía distinguir si una tos era como para no tener paciencia o si requería un calcetín³ alrededor de la garganta. Hasta el último de sus días creyó en la eficacia de los remedios de toda la vida, como las hojas de ruibarbo⁴, y mostraba claramente su desprecio al oír esas teorías tan modernas sobre gérmenes y cosas semejantes. Era toda una lección de buenos modales verla acompañando a los niños al colegio, andando con parsimonia a su lado cuando se portaban bien y dándoles un empujoncito cuando se salían de la fila. Los días en que John jugaba al fútbol no olvidaba llevar su chaqueta de lana ni una sola vez y casi siempre iba con un paraguas en la boca por si llovía. En el sótano del colegio de la señora Fulsom había un cuarto en el que esperaban las niñeras. Ellas se sentaban en bancos y Nana se tumbaba en el suelo, pero esa era la única diferencia. La ignoraban como si fuera de una clase social inferior y ella aborrecía sus temas de conversación. No le

gustaba nada que las amigas de la señora Darling hicieran visitas a los niños, pero cuando sabía que iban a ir, cambiaba rápidamente el babero de Michael por el de los rebordes azules, arreglaba un poco a Wendy y ponía en orden el pelo de John.

Era imposible encontrar unos niños mejor cuidados y el señor Darling lo sabía, pero a veces se ponía nervioso porque le preocupaba lo que pudieran decir los vecinos.

Había que tener en cuenta su cargo en la ciudad.

Además, Nana también le preocupaba por otro motivo. A veces le daba la sensación de que ella no le admiraba.

—Sé muy bien que te admira enormemente, George —le aseguraba la señora Darling, que en estos casos siempre hacía una señal a los niños para que se portaran especialmente bien con su padre.

Seguían unos bailes maravillosos, y a Liza, la otra sirvienta, a veces la dejaban participar. Con su falda larga y su cofia de doncella parecía diminuta, aunque había jurado, cuando la contrataron, no volver jamás a los diez años. ¡Qué brincos tan alegres aquellos! Y la más alegre de todos era la señora Darling, que daba vueltas a tal velocidad que lo único que se veía de ella era el beso, y si alguien se hubiera abalanzado sobre ella, quizá lo hubiera conseguido. Nunca se había visto una familia tan feliz, hasta la llegada de Peter Pan.

La señora Darling oyó hablar de Peter por primera vez un día en que estaba ordenando las mentes de sus hijos. Toda madre que se precie tiene la buena costumbre de rebuscar en la mente de sus hijos cuando estos ya se han dormido, para volver a colocar en su sitio la gran cantidad de acontecimientos que se han desperdigado durante el día. Si pudierais quedaros despiertos (aunque, por supuesto, no podéis), veríais a vuestra propia madre haciéndolo, y os parecería muy interesante. Se parece bastante a ordenar cajones. La veríais de rodillas, supongo yo, deteniéndose

divertida al contemplar algunos de los componentes, preguntándose de dónde habéis sacado esto, haciendo descubrimientos maravillosos y otros que no lo son tanto, acercándose algo a la mejilla como si le recordara a un gatito, y apartando cosas de la vista apresuradamente. Al despertaros por la mañana, las travesuras y maldades de la noche anterior están dobladas cuidadosamente y colocadas en el fondo de vuestra mente; y en la parte de arriba, bien aireados y extendidos, están vuestros mejores pensamientos, listos para usarlos.

No sé si habréis visto alguna vez un mapa de la mente de una persona. Los médicos a veces dibujan mapas de otras partes de vuestro cuerpo, y vuestro propio mapa puede resultar muy interesante, pero habría que verlos intentando dibujar el mapa de la mente de un niño, que no solo está en desorden, sino que no para de dar vueltas. Se ven líneas en zigzag, como las que dibujan los médicos en una ficha cuando alguien tiene fiebre; estas líneas deben de ser las carreteras de la isla, puesto que el País de Nunca Jamás es siempre más o menos una isla, con sorprendentes manchas de color aquí y allá; y arrecifes de coral y naves que parecen volar a lo lejos; y salvajes y guaridas solitarias; y gnomos que son casi todos sastres; y cuevas por las que pasa un río; y príncipes con seis hermanos mayores; y una cabaña a punto de desmoronarse, y una anciana muy pequeña con la nariz torcida. Sería un mapa muy sencillo si solo hubiera esto; pero también tenemos el primer día de colegio, la religión, los padres, el estanque redondo, los asesinatos, los ahorcados, los verbos que rigen dativo, el día del postre de chocolate, el día en que nos ponen tirantes, las sonrisas obligadas, los tres peniques por arrancarnos un diente nosotros solos, y demás; y esto último puede formar parte de la isla o aparecer en un mapa superpuesto, con lo cual resulta bastante confuso, ya que para colmo de males está todo ello en constante movimiento.

Por supuesto, cada País de Nunca Jamás es distinto de los demás. El de John, por ejemplo, tenía una laguna con flamencos sobre los que disparaba John, mientras que Michael, que era muy pequeño, tenía un flamenco con lagunas volando por encima. John vivía en un barco colocado boca abajo en la arena; Michael vivía en una tienda de indios, y Wendy en una cabaña hecha de hojas cosidas con gran destreza. John no tenía amigos, Michael tenía amigos por la noche, Wendy tenía un lobato abandonado por sus padres; pero lo cierto es que los Países de Nunca Jamás tienen un cierto aire familiar, y si consiguiéramos ponerlos en fila y que se estuvieran quietos, podríamos sacarles parecidos, como cuando decimos que dos personas de la misma familia tienen la nariz igual. Los niños que juegan con estas costas mágicas siempre hacen encallar allí sus barquichuelas.

Nosotros también hemos estado allí y aún recordamos el murmullo de las olas, aunque no volveremos a desembarcar jamás.

De todas las islas maravillosas que existen, el País de Nunca Jamás es la más acogedora y sólida; no es tan grande como para que las cosas estén desperdigadas y haya distancias agotadoras entre una aventura y otra, sino que está todo cómodamente apiñado. Al imaginárnosla de día, en medio de las sillas y el mantel, no da absolutamente ningún miedo, pero durante los dos minutos que tardamos en dormirnos, parece de verdad. Por eso a los niños les gusta dormir con una luz encendida.

Al viajar por las mentes de sus hijos, había veces en que la señora Darling encontraba cosas que no lograba comprender, y de todas ellas la que le parecía más desconcertante era la palabra Peter. No conocía a ningún Peter y, sin embargo, era un nombre que se veía claramente en las mentes de John y de Michael, mientras que en la de Wendy aparecía Peter garabateado por todas partes. Estaba escrito en letras más llamativas que las del resto de las palabras, y la señora Darling se quedó mirándolo fijamente, porque le extrañaba que tuviera un aspecto tan descarado.

—Sí, es un poco descarado —admitió Wendy muy a pesar suyo.

La señora Darling se estaba dedicando a interrogarla.

—Pero ¿quién es, cielo?

—Si ya lo sabes, madre: es Peter Pan.

Al principio la señora Darling no lo sabía, pero al hacer memoria recordó que en su infancia había un Peter Pan que al parecer vivía con las hadas. Sobre él se contaban historias extrañas, como que al morir los niños los acompañaba durante una parte del camino para que no tuvieran miedo. Cuando era pequeña había creído en él, pero ahora que estaba casada y era una persona sensata, no estaba nada convencida de que pudiera existir alguien semejante.

—Además —dijo a Wendy—, a estas alturas ya será mayor.

—No, no es mayor —le aseguró Wendy—. Es igual que yo.

Lo que quería decir es que era igual que ella de tamaño y de forma de ser; no sabía cómo lo sabía, pero lo sabía.

La señora Darling consultó al señor Darling, que sonrió sin darle importancia.

—Ya verás como es una tontería que les ha metido Nana en la cabeza. Solo a un perro se le puede ocurrir algo semejante. No le des más vueltas. Seguro que se les olvida.

Pero no se les olvidó; y al poco tiempo aquel chico tan latoso dio a la señora Darling un buen susto.

Un niño es capaz de vivir las aventuras más extrañas sin que le sorprendan lo más mínimo. Puede contar de repente, como el que no quiere la cosa, que, cuando estaba en el bosque el otro día, se encontró con su padre muerto y se puso a jugar con él. Fue así como Wendy, un día por la mañana, hizo un comentario inquietante. En el suelo del cuarto de los niños habían aparecido unas hojas de árbol que desde luego no estaban allí cuando los niños se fueron a la cama, y la señora



Darling le estaba dando vueltas a aquello cuando Wendy dijo con una sonrisa benevolente:

—¡Seguro que ha sido el gamberro de Peter!

—¿Qué quieres decir con eso, Wendy?

—Me parece muy mal que no lo haya limpiado —dijo Wendy suspirando. Era una niña muy ordenada.

Explicó con gran naturalidad que estaba segura de que Peter a veces entraba en su cuarto por las noches, se sentaba al pie de su cama y tocaba el caramillo. Lo malo era que nunca se despertaba y por eso no sabía cómo lo sabía, pero lo sabía.

—Qué tonterías dices, cielo. ¡Cómo va a entrar alguien en casa sin llamar a la puerta!

—Creo que entra por la ventana —dijo Wendy.

—Mi amor, si es un tercer piso.

—¿Las hojas no estaban al pie de la ventana, madre?

Tenía toda la razón; habían encontrado las hojas muy cerca de la ventana.

La señora Darling no supo qué pensar, porque a Wendy le parecía todo tan normal que no se le podía quitar importancia diciendo que lo había soñado.

—Hija mía —exclamó su madre —, ¿por qué no me lo habías contado antes?

—Se me había olvidado —dijo Wendy tan tranquila. Estaba deseando empezar a desayunar.

En fin, seguro que lo había soñado.

Pero, por otra parte, lo cierto es que habían aparecido unas hojas. La señora Darling las examinó cuidadosamente; eran bastante grandes, pero estaba segura de que no procedían de ningún árbol que creciera en Inglaterra. Se puso a gatear por el suelo, examinándolo cuidadosamente a la

luz de una vela por si hubiera huellas de algún pie extraño. Hurgó en la chimenea con el atizador y dio golpecitos en las paredes. Soltó un metro desde la ventana hasta el suelo y comprobó que había unos diez metros de distancia, sin un solo brote por el que poder trepar.

Wendy lo había soñado, sin lugar a dudas.

Pero Wendy no lo había soñado, como se vio precisamente la noche siguiente, la noche en que se puede decir que empezaron las extraordinarias aventuras de estos niños.

Los niños ya estaban todos en la cama. Daba la casualidad de que era la noche en que a Nana le tocaba librar, y la señora Darling había bañado a sus hijos y los había arrullado hasta que uno por uno le habían ido soltando la mano para deslizarse hacia el país de los sueños.

Al verlos tan tranquilos, la señora Darling sonrió olvidándose de sus temores y se puso a coser junto al fuego.

Lo que estaba cosiendo era para Michael, que iba a empezar a llevar camisa el día de su cumpleaños. Hacía calor y en el cuarto solo había la luz tenue que daban las tres lamparitas de los niños, y la señora Darling tardó poco en dejar caer su labor en el regazo. Dio la más leve cabezada y se quedó dormida. Merecía la pena verlos a los cuatro, Wendy y Michael allí, John aquí, y la señora Darling junto al fuego. Solo faltaba la cuarta lamparita.

Mientras dormía, la señora Darling tuvo un sueño. Soñó que el País de Nunca Jamás se había acercado demasiado y que un niño extraño se había escapado de allí. El niño no le daba miedo, porque creía haberlo visto en los rostros de muchas de las mujeres que no tienen hijos. Es posible que también se encuentre en el rostro de alguna madre, pero en su sueño él había rasgado el velo que oscurece el País de Nunca Jamás, y vio a Wendy, a John y a Michael mirando por el hueco. El sueño en sí no hubiera tenido ninguna importancia, pero mientras ella soñaba la ventana

se abrió y, efectivamente, un niño se posó sobre el suelo. Iba acompañado de una extraña luz del tamaño de uno de vuestros puños, que se movía de un extremo a otro de la habitación como si estuviera viva; y creo que fue aquella luz lo que despertó a la señora Darling.

Se levantó dando un grito, vio al niño y nada más verlo supo que era Peter Pan. Si vosotros, o yo, o Wendy hubiéramos estado allí, nos hubiéramos dado cuenta de que el niño se parecía mucho al beso de la señora Darling. Era muy hermoso, vestido de hojas y de resina; pero lo que más cautivaba de él era que todos sus dientes eran los de leche. Al ver que ella era una persona mayor, le enseñó aquellas perlas diminutas, rechinándolas.



Peter Pan, el niño que no quería crecer, forma parte ya del imaginario colectivo de tantas generaciones desde que James M. Barrie lo publicara.

Un día, Peter Pan se cuelga en la casa de los Darling y, al escapar por la ventana, se deja su sombra allí. Desde este momento, la vida de los tres hermanos —Wendy, John y Michael— quedará vinculada a la del niño que no quiere crecer. Los cuatro, junto con Campanilla, volarán al País de Nunca Jamás.

Una novela en la que se entremezclan las aventuras con las características típicas de los cuentos de hadas.

**De todas las islas maravillosas que existen,
el País de Nunca Jamás es la más acogedora,
asegura Peter Pan.**



1541173

ISBN 978-84-698-4715-2



9 788469 847152